

EDICIONES
BISTAGNE

LOS CLAVELES DE LA VIRGEN

IMPERIO
ARGENTINA
VALENTIN
PARERA

1 pta

LOS CLAVELES DE LA VIRGEN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

LOS CLAVELES DE LA VIRGEN

Asunto español, de extraordinario éxito por
su sentimental argumento e interpretación.

Autor y director
FLORIAN REY



DISTRIBUÍDO POR
CINEMATOGRAFICA ALMIRA
Rosellón, 210 - BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones BISTAGNE

INTÉRPRETES PRINCIPALES:

Imperio Argentina
Valentín Parera

Los claveles de la virgen

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

“En este verano tan riguroso me he acordado mucho de ti, adorada Carmencita. Yo estaré aún varios meses en el Norte, sin poder hablar ni ver a la mujercita que me ha robado el corazón.

Te adjunto, como verás, tres mil pesetas. Son para que puedas huir del calor achicharrante de Granada. Vete con tu madre a alguna playa, a algún lugar de veraneo. Aquí, en el Norte, gozamos de una deliciosa temperatura y no puedo consentir que tú, entretanto, estés sufriendo bajo el sol de esa bellí-

sima, pero calurosa ciudad. Si con las tres mil pesetas no tienes bastante, pide por esa boca. Ya sabes que todo lo que yo tengo es tuyo.

Mientras veraneas, a ver si te haces el ánimo para quererme un poquito. ¿O es que habré de conformarme siempre con tus dulces palabras y un cariñito de vez en cuando?

¡Si tú supieras cómo deseo el momento de poder demostrarte plenamente hasta dónde llega el amor que siento por ti!

¡Si tú supieras lo que yo daría

por que me quisieras como yo te quiero!

En fin, Carmencita, que pases un feliz veraneo y que te acuerdes aunque sólo sea un poquito de mí.

Te adora con locura,

RAFAEL".

Carmen levantó la carta y los billetes con un gesto lleno de alegría.

—¡Olé los tíos serranos! — exclamó.

Su madre se quedó mirando estupefacta aquella fortuna.

—¿Qué es eso, Carmen?

—¿Qué ha de ser? Un fajo de billetes que me manda don Rafael.

—¿Para qué? — preguntó la vieja con visible inquietud.

—¿Para qué quieres que sea, madrecita? Para que nos los gastemos lindamente.

Y la madre alzó los ojos al cielo y exclamó:

—¡Jesús, Jesús!

Carmen era una belleza digna del suelo granadino donde habitaba. Un cuerpo juncal, flexible, de curvas dulces y perfectas. Unos ojazos negros que relampaguea-

ban misteriosamente bajo el cabello oscuro y brillante, partido en dos crenchas. Una boca tan roja como los claveles que a veces llevaba en el cabello y unos dientes níveos, menudos y apretados como cuentas de un rosario de perlas.

Pero el atractivo principal de Carmen era aquella risa que lo llenaba todo de un áureo cascabelo y que llenaba el corazón de alegría y de tentaciones. Esta risa que frecuentemente partía en dos la rosa de sus labios, era constante en sus ojos, siempre reverberantes de una alegría que era bendición del alma y signo de sana juventud.

Carmen contaba poco más de dieciocho años. Era como un alma de niña en un cuerpo de mujer. Así se explica aquella mareante fragancia de vida y juventud que se escapaba de su carne, morena, suave como el terciopelo y firme como la de la fruta que no ha llegado aún a la madurez.

Doña Manuela, la madre, estaba, en cambio, muy acabada. Una vida de rudo trabajo había doblegado antes de tiempo aquella espalda que trazaba ya el signo de la senectud. Era una pobre mujer

que había nacido para el sacrificio y que no recordaba haber tenido en la vida una hora de asueto ni de reposo. Educada en el temor de Dios y forjada en el sufrimiento, cualquier bien con que la dotara la suerte le parecía inmerecido. Por eso ahora, al ver aquellos billetes en manos de su hija, la había poseído una honda inquietud, como si se hubieran apoderado de lo que no les correspondía.

—Creo que no haces bien en aceptarlo, hija mía—censuró doña Manuela.

—¿Por qué?

—Porque ese don Rafael se creará con ciertos derechos que yo no quiero que tenga nadie sobre ti.

—¿Derechos? Bien sabe él que conmigo no tiene ninguno. El es rico y se gasta el dinero conmigo porque me quiere. Pero él sabe que no le correspondo, y muchas veces le he dicho que es inútil que se muestre tan generoso conmigo, porque no obtendrá de mí nada... Es decir, obtendrá lo que ha obtenido hasta ahora. Mucho palique y un cariñito de vez en cuando.

—¿Un cariñito? ¿Qué quieres decir con eso, hija mía?

—Pero, mamá ¿no sabes lo que es un cariñito? ¿Qué le hacías tú a mi padre, cuando érais novios?

—¡Nada, hija mía! ¿Qué quieres que le hiciera?

Carmen se echó a reír al ver a su madre tan apurada.

—¿No os dabais un besito de vez en cuando?

—¡Qué locura! ¡Antes de casarse ninguna mujer debe dejarse besar!

—¡Qué rancia eres, mamita! ¡Ahora eso no se estila ya! Los novios que no se besan es porque son tontos de remate. ¿Pero no lo ves en el cine? Antes de decirse "Te quiero", ya se han dado un beso que tiemblan las esferas.

—Pero no creo que tú...

—Pues crees muy mal. Yo a los besos no les doy excesiva importancia.

—¡Horror!

—Pero, mamá, ¿crees que si fuera tan escrupulosa como tú me habrían admitido en el café cantante?

—Es que debiste empezar por no aceptar ese trabajo.

—¿Qué querías que hiciese,

que me dedicase como tú a fregar pisos, para perder la salud como tú la has perdido y no ganar nada? No, madre, no. Tenemos tres bocas más que mantener. ¡Y hay que ver cómo comen esos angelitos! ¡Los pobres pasaban un hambre! Hijos tuyos son, pero yo los quiero como una madrecita. Yo no podía consentir que sufrieran privaciones y que las sufriéramos nosotros teniendo yo ocasión de traer a casa lo necesario para alimentarnos bien, que es lo menos a que tiené derecho una persona.

—Sí, es un derecho. Pero las personas tienen también deberes y uno de ellos es ser honradas.

—¿Acaso no lo soy yo?

—Sin duda, pero no lo pareces.

—Con tener la conciencia tranquila, que cada cual piense lo que quiera. Yo, en el café, no hago más que divertir a la gente. Animarles a beber. Tocar la guitarra y cantar. Escuchar a todo el que me dice que está loco por mí y no enfadarme demasiado cuando me hacen uno de esos cariñitos de que hemos hablado antes.

—No pretendas disculparte, Carmen. Eso no es decente.

—Para mí sí, madre. Porque estoy completamente segura de que de ahí no he de pasar. Nadie conseguirá hacerme pasar de ahí. Y si alguien es tan tonto que cree lo contrario, peor para él. Yo seré para el hombre al que ame y haya de amar toda la vida. El dinero, aunque me gusta mucho, no me ciega hasta el punto de poner mi honra en peligro. Don Rafael puede mandar tanto dinero como guste. Es rico y esos rasgos de esplendidez no tienen para él importancia. Don Rafael es muy simpático, pero demasiado viejo. No me gustan los carcamales. De modo que puedes estar tranquila.

—Pero, ¿cómo quieres que esté tranquila, viéndote con tantos billetes en la mano?

—Lo que es menester que el viaje dure mucho para que siga mandando. ¿No comprendes, mamá? ¿Qué importancia tienen estos billetes al lado de los millones que tiene don Rafael? En cambio, para nosotros, es, como tú has dicho muy bien, una fortuna.

La madre se encogió de hombros. Aquel demonio de chiquilla acababa por convencerla siempre.

—Acaso tengas razón—dijo.

—¡Claro que la tengo!

—Pero ¿qué piensas hacer con ese dinero?

—Pues seguir el consejo de don Rafael. Dejar el café y esta vida por una temporada. Irnos a veranear. Buena falta me hacen unos

días de descanso. ¡Verás lo que nos vamos a divertir!

Y dicho y hecho. Al día siguiente se dirigían al balneario de Lánjarón. Y el café cantante quedó momentáneamente privado de la alegría, la juventud y la belleza de aquella mujer incomparable.

II

En la magnífica habitación del hotel, Carmen leía alegremente los periódicos de la localidad. Casi todos habían publicado una noticia que la llenaba de orgullo. "Se halla en Lanjarón la bellísima bailarina Carmen Ibarra, acompañada de su madre doña Manuela. A los dos deseamos sinceramente que la estancia entre nosotros les sea muy grata."

—¿Ves, mamá? Eso para que te quejes del café cantante.

Carmen estaba encantada de aquella vida. Habían dejado a los niños en poder de unos parientes y ni siquiera la preocupación de cuidar de ellos tenían.

Vestía la joven con la misma elegancia que las distinguidas mucha-

chas que se congregaban en aquel balneario y había hecho amistad con algunas de ellas. Experimentaba la sensación de ser una gran señora. Y esto la llenaba de orgullo y de satisfacción y, por contraste, le hacía ver toda la tristeza de su vida de camarera de café cantante. ¡Qué distinta esta amabilidad, este respeto y esta fina adoración con que la gente la trataba, a la bárbara vehemencia de los señoritos que visitaban el café cantante y se abalanzaban sobre ella para besarla cuando estaban borrachos.

Y esa vida habría de volver muy pronto, porque muy pronto se acabarían aquellas tres mil pesetas que don Rafael les había mandado.

Claro que podía pedirle más. Pe-

ro a eso no se atrevería Carmen. Pedir no es aceptar. Pidiendo sí que podía comprometerse. Por eso no pedía nunca. A lo sumo dejaba entrever la necesidad por si don Rafael se brindaba, satisfacerla, pero siempre con sumo cuidado y de modo que nunca habría podido decir el dadivoso que ella lo había pedido, ni insinuado la petición si quiera.

Sí, habrían de marcharse muy pronto, habría Carmen de volver a aquella vida que le parecería mucho más amarga después de estas semanas de ensueño.

A doña Manuela le ocurría algo parecido. También ella gozaba de aquella vida que le recordaba sus buenos tiempos, pues era de buena familia y se había tratado en su juventud con las personas más distinguidas de Granada.

Carmen había despertado la natural sensación entre el elemento joven y masculino del balneario.

No daba dos pasos por los paseos de la playa sin escuchar un requiebro y no podía mirar hacia ninguna parte sin encontrarse con unos ojos que la devoraban.

Su amistad con las distinguidas

jóvenes del balneario la debía Carmen a don Quico.

Don Quico era un solterón empedernido que llevaba siempre en la mano una máquina fotográfica y que se pasaba la vida obteniendo instantáneas comprometedoras de los novios que se besaban o arrullaban creyéndose solos. Don Quico tenía para ello una especial habilidad. Habría hecho un gran papel como espía. Encontraba siempre el escondrijo adecuado y sabía buscar las ocasiones como si el amor despidiera una emanación especial que sólo su olfato podía percibir. Una vez obtenida una foto comprometedora, la revelaba y al día siguiente la iba mostrando a todo el mundo. Así se divertía el hombre y así divertía a los demás. Claro que esto daba lugar a que las narices de don Quico estuvieran en constante peligro, pues los interesados solían enterarse y todos sabíamos lo que suelen hacer los enamorados en casos como éstos, y más cuando la muchacha de la foto resulta ser la novia, no del compañero del retrato, sino de un amigo de éste.

Aprovechando aquella cualidad que tenía don Quico para meter las

narices en todas partes, aquel grupo de distinguidas muchachas solicitó de él las presentase a la simpática forastera.

El solterón repuso alegremente:

—¿Que os presente? ¿Y a mí quién me presenta?

—Usted no necesita que lo presente nadie—repuso la más sincera—, porque usted se introduce en todas partes.

—Eso es llamarme entrometido.

—Quiero decir que le basta con su diplomacia y con su distinción para que las personas se sientan orgullosas de entablar amistad con usted sin que medie el requisito de la presentación.

—Eso es otra cosa—contestó el solterón conmovido por aquellas palabras aduladoras.

Y, como la franqueza de aquella joven había anticipado, don Quico se las arregló de modo que al día siguiente conocía a Carmen y estaba en disposición de presentarle a sus amiguitas.

Desde entonces—esto ocurrió en los primeros días de la estancia de Carmen en el balneario—la hermosa granadina tuvo la distracción de aquellas distinguidas amistades con las que se la veía siempre.

Por la noche, cuando regresaba a casa después de los paseos y juegos en la playa, contaba a su madre detalladamente cuanto había hecho.

Así desahogaba aquella alegría, aquel entusiasmo que llenaba su corazón y que le hacía anhelar la llegada del siguiente.

Su madre la escuchaba embelesada.

Ella también soñaba entonces. Evocaba los felices días de su juventud y por vigésima vez contaba a Carmen la historia de sus amoriños con un arrogante oficial, hijo de marqueses, con el que se habría casado de no morir en la guerra.

Después las dos se sumían en dulce sueño.

III

—¡Buena la hemos hecho, Tom! ¡Se nos ha acabado la gasolina! ¡Pago veinte dólares por un litro!

Tom tendió la mano.

—Vengan.

El que antes había hablado se los entregó y Tom bajó del auto y la emprendió a empujones con él, tratando de substituir al combustible.

Pero el auto se quedó en el mismo sitio que estaba.

El dueño de los veinte dólares los reclamó riendo.

—Devuélvame el dinero.

Tom se los devolvió.

—Toma, toma. Me doy por vencido.

El dueño del auto era Harry Stone, un joven millonario de naciona-

lidad norteamericana que, sugestionado por la lectura de "Los cuentos de la Alhambra", de Wáshington Irving, emprendió un viaje a España con el propósito de visitar Andalucía y, de paso, conocer el resto del país. Había recorrido ya varias poblaciones del norte y del centro y ahora se dirigía a Granada, la maravillosa población descrita por Irving y que de tal modo había impresionado su espíritu.

Debía de frisar en los veinticinco años. Era alto, delgado y fuerte. Vestía con esa negligencia que caracteriza a la juventud norteamericana y a los deportistas de todos los países, y ello realzaba los atractivos de su figura, atlética, ágil y arrogante. Un fino perfil, una eter-

na sonrisa en los labios y, sobre ellos, un bigotillo que agraciaba y daba vida a aquel rostro.

Su acompañante le doblaba la edad. Había sido su preceptor y ahora era una especie de administrador, secretario y caballero de compañía, todo en una pieza.

Harry quería entrañablemente a aquel hombre que había preparado su espíritu para gozar de las legítimas bellezas de la vida y despreciar todo lo vano y mezquino.

Ni que decir tiene que Tom quería a Harry casi como a un hijo. Toda la vida al lado de él. Toda la vida formando aquel espíritu y aquella conciencia... No era extraño que se sintiera tan autor de aquella vida como los padres que habían dado a Harry el ser.

Tom había vuelto a subir al automóvil y se sentó en el baquet, al lado de Harry.

—¿Qué podemos hacer, Tom?

—¿A mí me lo preguntas?

—¿Ni siquiera sabe usted dónde estamos?

—Deduzco por la guía que nos encontramos en las cercanías de Lanjarón, un delicioso balneario.

—¡Si al menos se hubiera detenido el coche al lado de la playa!

—Le echaríamos agua en vez de gasolina.

—La situación no es para hacer chistes, Tom. Digo que hubiera querido quedarme sin gasolina al lado de la playa, porque allí, al menos, tendríamos el espectáculo agradable de las bañistas.

—Tú siempre pensando en los espectáculos playeros. En el norte no hemos más que ir de playa en playa.

—No exagere, Tom. Cualquiera diría que es usted de esta tierra.

En este momento atrajo la atención de Harry un alegre y ruidoso espectáculo.

Había aparecido en la carretera un grupo de alegres muchachas. Eran Carmen y sus amigas, que se había alejado de la playa en busca de nuevos paisajes y que correteaban y reían con el bullicio propio de la juventud.

Todas iban elegantemente vestidas, con trajes ligeros, vaporosos, de tonos vivos, que les daban apariencia de mariposas.

La gracia de las formas juveniles era apenas velada por los tenues tules y los finos crespones.

Habían visto como Tom intentaba empujar el coche sin conseguir-

lo, y, con esa decisión azorante que cobran las muchachas cuando son varias, se dirigieron al auto.

Al ver de cerca a Harry todas celebraron haber tenido la ocurrencia de acercarse al coche. Un muchacho tan simpático como aquel era suficiente para hacer agradable cualquier excursión, y todas las tardes la emprenderían de saber que habían de encontrar jóvenes así en medio de la carretera.

Carmen, la más decidida, dijo al americano, en son de saludo:

—¿Quiere usted que le ayudemos?

—Muchas gracias—repuso Harry, que estaba embelesado en la contemplación de tanta maravilla—. Ustedes no pueden hacer nada. Me falta bencina y tendremos que ir en busca de un garage para comprarla.

—Estando aquí nosotras no hace falta gasolina. Entre todas podemos remolcar el coche.

—¿Cómo? ¿Pero ustedes se atreverían?

—¿Por que no nos hemos de atrever?

Y Carmen añadió, dirigiéndose a sus amigas:

—¿Verdad que entre todas lo po-

demus remolcar mejor que ese señor?

Y señalaba a Tom, el cual se puso más colorado que un pimiento.

—Para nosotras será como una pluma—repuso una de las amigas de Carmen.

Y todas convinieron en que aquello era muy fácil y resultaría muy divertido.

—¡Pues manos a la obra!—exclamó Carmen.

Todas obedecieron inmediatamente aquella voz de mando, y las frágiles manos se apoyaron en distintos puntos del automóvil.

Una mezcla de asombro y complacencia invadía a Harry.

Carmen exclamó:

—¡A la una, a las dos, y a las tres!

Y el auto se puso en marcha como si tuviera el depósito lleno de gasolina.

—¡Esto es encantador!—exclamó Harry—. Nunca pude soñar que la esencia de mi auto pudiera suplirse por la quintaesencia de la hermosura.

El acento extranjero que agraciaba su castellano llamó la atención de Carmen, que le preguntó resueltamente:

—Usted no es español, ¿verdad?

—No, señorita. Soy de Nueva York. Mi nombre es Harry Stone.

—¿Va usted a Lanjarón? Nosotros estamos en el balneario. Es una playa deliciosa.

—La verdad es, señorita—repuso Harry, que miraba el rostro de Carmen con evidente adoración—que no pensaba ir a Lanjarón. Iba a Granada. Pero ya que usted me lo alaba tanto, me quedaré en Lanjarón por unos días.

Tom le dirigió una mirada de censura. Comprendía perfectamente cuál era el motivo de aquel cambio de itinerario. Y si algo inquietaba al buen hombre era que Harry quedara prendido en las gracias de alguna mujer que no lo mereciera.

Harry le tranquilizó con un gesto y volvió a absorberse en la con-

templación del bello rostro de Carmen.

¡Magnífica, magnífica en verdad la mujer andaluza! No le habían engañado aquellos libros que leyera allá donde todos los cabellos son rubios y de nácar la piel de todas las mujeres. ¡Qué distintas las frágiles muñequitas americanas—preciosas estatuas de porcelana, que parecían creadas para el adorno—de estas vírgenes de bronce, con cabellos endrinos y ojos de ascua.

Y Carmen, sintiéndose admirada, sonreía.

En cambio Tom, se mostraba muy contrariado ante aquellos preludios que no podían engañar a su experiencia, y que equivalía a la amenaza de un *flirt* a fondo o de algo peor todavía: un amor con todos sus peligros y complicaciones.

IV

El auto, impelido por el alegre y delicioso grupo de muchachas, que habían tomado el trabajo a diversión y no cesó en su algazara durante el breve trayecto, llegó al fin ante el hotel del balneario.

Harry y Tom bajaron del coche.

Aquél buscó entre su escaso repertorio castellano, las frases más expresivas para corresponder al servicio de las encantadoras muchachas.

Entonces llegó don Quico. Aunque parezca mentira, se había enterado ya de quién era y cómo se llamaba el joven millonario.

Sin duda había sido Tom el que se viera precisado a darle estos informes.

El entrometido diplomático fué

presentando a Harry a todas las muchachas y pronunciando el nombre de éstas, después de haber dado algunos detalles sobre la procedencia y condición del americano.

Un tanto extrañado quedó éste al ver que se encargaba de presentarle una persona a la que no conocía; pero aquello le complacía sobremanera, y especialmente por los bonitos nombres que don Quico iba pronunciando, y se guardó mucho de dejar entrever su sorpresa.

Fué estrechando aquellas manos de terciopelo que se le tendían con alegre generosidad y para Harry fué aquello como una deliciosa sinfonía sin sonidos, en que todos los

matices de la suavidad se mezclaban en mudos arpeggios.

Pero cuando su emoción llegó al máximo fué al oír el nombre de Carmen Ibarra y estrechar aquella mano tibia, suavísima, palpitante como el cuerpo de una avechilla.

En aquel contacto le pareció recoger toda la ardiente belleza del sol meridional y se estremeció ligeramente.

Terminadas las presentaciones, Harry, cuya decisión de quedarse en Lanjarón era ya irrevocable, entró en el hotel y se dirigió al mostrador para inscribirse.

El prudente Tom le siguió con el convencimiento de que la catástrofe era ya inevitable, y cuando vió que el joven firmaba en el libro de viajeros, inquirió:

—Pero, ¿puede saberse por qué interrumpimos el viaje?

Sonrió Harry.

—Vamos a ver, viejo gruñón. ¿Para qué hemos emprendido este viaje? Para contemplar las bellezas de España, ¿no es eso?

—Ciertamente.

—¿Y quiere usted más bellezas de las que estamos viendo en Lanjarón?

—Eres incorregible. Como salga-

mos con bien de este trance, emprendo el regreso a Nueva York, aunque sea a nado.

La muchacha encargada del mostrador no pudo disimular una sonrisa, ante lo divertido de la escena, y como era también muy bonita, Tom le dirigió una mirada rencorosa.

El conserje entregó una llave a cada uno y los dos viajeros se separaron en busca de sus respectivas habitaciones.

La de Harry, según pudo éste ver en la chapa que pendía de la llave, tenía el número veintisiete, una doncella le indicó el camino que tenía que seguir para encontrarla y el joven llegó hasta la puerta sin dificultad.

Introdujo la llave en la cerradura, pero no llegó a rodarla.

Acababa de ver algo que le dejó estupefacto, robándole la facultad de acción.

Del cuarto contiguo, es decir, del número 28, acababa de salir Carmen Ibarra.

La misma expresión de agrado y de sorpresa se leyó en los ojos de Carmen.

—¡Qué casualidad! — exclamó

Harry—. ¿Es ese el cuarto de usted?

—Sí.

—Pues vamos a ser vecinos.

—En efecto.

—¿La disgusta acaso esta vecindad?

—¿Por qué ha de disgustarme? Al contrario. Siempre es grato estar cerca de personas conocidas y simpáticas.

No había podido contener este rasgo de sinceridad. Y, acaso, dándose cuenta de que había ido demasiado lejos, ya que apenas hacía una hora que conocía a Harry, echó a correr hacia la escalera y se lanzó ligeramente escalones abajo.

Harry estuvo contemplándola, hasta que la perdió de vista.

Después lanzó un suspiro.

Después entró en su habitación.

Por la noche hubo fiesta en el hotel.

Desde el primer momento Carmen y Harry formaron una inseparable pareja.

La joven presentó al americano a su madre y ésta comprendió el buen efecto que había producido a su hija, porque también a ella se lo produjo.

Carmen y Harry bailaron, charlaron, pasearon. Toda la noche estuvieron juntos y cambiaron sonrisas y miradas hasta la saciedad.

Carmen se sentía vivamente atraída por aquel hombre, tan distinto a los que hasta entonces había tratado.

Aquella delicadeza, aquella finura, aquella cortesía, eran muy diferentes a la osadía y a la rudeza

con que la trataban los clientes del café cantante. Estos olían a vino y sus palabras llegaban a ella empapadas de alcohol y de grosería. En cambio, ¡qué perfume tan delicioso transcendía de las palabras de Harry! Era un aroma sutil, suavísimo, penetrante, que se deslizaba en su corazón insensiblemente y le infundía un encantador desosiego.

En cuanto a Harry, le sucedía algo más fuerte y definitivo aun. Acostumbrado a la frialdad de las muñecas yanquis, con sus ojos azules y sus cabellos de oro, donde todo era frivolidad, la mirada calcinadora de Carmen, la pasión honda que se escapaba de toda ella, la emoción real y la belleza firme de su rostro moreno, la risa de su clara garganta, que desgranaba una

alegría sentida y verdadera en el ambiente, aquellos labios rojos y aquellos dientes de nácar, penetraban hasta lo más profundo de su espíritu y le sumían en grata zozobra.

Allí había una mujer de verdad, una mujer con la que el amor sería completo, fervoroso, absoluto.

Y eso era lo que anhelaba su alma forjada en la franqueza y enemiga de las medias tintas.

Las amigas, ¿cómo no?, murmuraban. La clara preferencia que el americano demostraba hacia Carmen, había despertado en ellas la pasión de los celos.

—¿Habéis visto? Hace unas horas que se conocen y ya andan buscando los rincones como si fueran novios varios años.

—Lo menos que podían hacer es disimular un poco y pensar que hay gente delante.

—¿Qué les importa a ellos la gente? Esa Carmen siempre me ha parecido una desvergonzada coqueta.

Don Quico participaba del asombro de sus amiguitas. Y como la murmuración era para él como un divertido deporte, no faltó su comentario.

—¡Caramba con la niña! Deja en pañales a Cleopatra. Será cuestión de preparar la maquinita, aunque me temo que las escenas que impresione serán de tono tan subido, que no os las podré mostrar.

El baile se prolongó hasta media noche. A esa hora, todos se retiraron a sus habitaciones respectivas y el salón que antes brillaba de luz y de alegría quedó en el silencio y en la sombra.

Harry y Carmen se despidieron con un "hasta mañana" que era una promesa de que aquellas deliciosas charlas se repetirían.

Carmen en su habitación y Harry en la contigua, cambiaban sus ropas por las de dormir y mientras realizaban esta operación estaban absortos y distraídos. Los dos pensaban que al otro lado del tabique estaba quien tan dulce y profunda impresión había producido en su espíritu.

Se acostó Harry y en vano trató de absorberse, como todas las noches, en la lectura de un libro. Su pensamiento se resistía a dejarse aprisionar por las letras de aquellas páginas.

De pronto oyó un ruidillo en la habitación contigua: el crujido de

un lecho que recibe el peso de un cuerpo humano. Después la voz de Carmen que hablaba con su madre en voz baja.

Se estremeció al imaginar el cuadro vivo, la sucesión de cuadros que estaría plasmando Carmen en la habitación contigua. Libre aquel cuerpo del ropaje exterior, su figura semejaría una maravillosa estatua de bronce. Ahora, con un movimiento lleno de gracioso abandono, se había dejado caer en el lecho. El embozo, debido al calor, habría quedado sobre la cintura y, entre encajes, se insinuaría el seno palpitante, como una doble flor insuperable de tentación y de belleza.

No pudo contenerse y golpeó el tabique con los nudillos.

Esperó un momento. ¿Contestaría ella? En el silencio le parecía oír los latidos de su propio corazón. Y ya comenzaba a sentir la amargura de la desesperanza, cuando llegó la réplica de Carmen.

Se estremeció Harry ante aquel mensaje, que era una prueba más de simpatía, y exclamó:

—¡Buenas noches, Carmen!

Y ella, dulcemente, repuso:

—Buenas noches. Hasta mañana.

Y los dos apagaron la luz y se entregaron al reposo, a un reposo que hacía buena falta a sus agitados corazones.

VI

Nuevos días de ensueño.

El idilio estaba a punto de llegar a la cumbre de su intensidad.

Sólo faltaba que pronunciaran aquel "te amo" que mil veces se habían dicho con los ojos.

Todas las mañanas, bajo el tupido ramaje de las alamedas; todas las tardes, bajo la suave caricia del crepúsculo, y todas las noches en el ambiente saturado de frescos aromas, los que se amaban sin decírselo, se absorbían en largos coloquios que a ellos les parecían breves y fugaces como relámpagos.

La tardanza de Harry en declarar su amor a la que tanto amaba era perfectamente explicable. Quería a Carmen formalmente y deseaba dar a su declaración todos los

requisitos de legalidad. Al mismo tiempo que le hablara de amor expresaría su deseo de casarse con ella. Y un paso así no hay que darlo con precipitación.

No había hecho la menor indagación sobre la vida de Carmen, ni tenía el propósito de hacerla, porque la creía una muchacha de conducta impecable, honrada a carta cabal, con ese candor y esa pureza tan propios de las burguesitas españolas.

Sin embargo, ¡qué lejos estaba esta creencia de la realidad!

Carmen deducía y adivinaba estos pensamientos de Harry y una profunda vergüenza la atormentaba al pensar en la verdad de su vida. ¿Qué pasaría si de pronto se descorriera el velo ante los ojos de Ha-

rry? ¿Qué pasaría si supiera que pertenecía al cuadro de alegres muchachas de un café cantante? Un estremecimiento de horror la agita- ba interiormente, cuando estos pen- samientos pasaban por su magín.

Pero siempre cuestión de unos instantes. Su mente los ahuyentaba en seguida y se sumía en el ensue- ño de aquella hermosa farsa que estaba viviendo.

Tiempo tendría de sufrir cuando llegara—si llegaba—el momento de desgarrarse aquel velo de ilu- sión, dejando la verdad al desnudo.

Ahora sólo quería gozar, gozar de aquella mentira que las manos de un hada invisible habían tejido a su alrededor.

Seguían las murmuraciones y continuaba el disgusto de Tom. En su condición de soltero empederni- do, la historia sentimental que ha- bía comenzado a forjarse a sus ojos rompiendo todos los planes de tu- rismo, le enojaba sobremanera.

Un día preguntó a Harry, sin poderse contener:

—¿Hasta cuándo va a durar es- to?

—¿El qué?

—Nuestra estancia aquí.

Harry se encogió de hombros.

—Pues si quiere usted que le di- ga la verdad, querido Tom, no lo sé. Hasta mañana, hasta dentro de un mes, hasta dentro de un año.

—Indudablemente—repuso Tom en son de lamento—, estamos per- didos.

—¿Usted también?

—No lo tomes a broma, Harry, que esto es muy serio. Si no to- mas una determinación rápida y de- finitiva, te veo en las garras de esa mujer.

—Ni esa mujer tiene garras, ni tengo por qué tomar esa determina- ción rápida y definitiva.

—Pero, ¿no comprendes, Harry, que eres demasiado joven para ca- sarte?

—En esta cuestión no puedo ad- mitir sus consejos, que han de ser siempre tendenciosos. ¿Cómo voy a hacer caso a un hombre que está ya al borde de la vejez y opina que no ha llegado aún el momento de casarse? No, querido Tom, no con- seguiré hacer de mí un solterón como usted. El matrimonio no es un capricho, sino un deber de todo ser humano, y lo mejor que puede ocurrirle a un hombre es que se le presente la ocasión de casarse sin buscarla. Esas uniones ofrecen un

noventa por ciento de probabilidad- des de ser felices.

—¿Para qué hemos de buscar en el matrimonio una felicidad que podemos tener siendo solteros? ¡Es tan hermosa la libertad!

—Eso, querido Tom, no vale na- da comparado con un amor verda- dero y profundo.

—Eso son cursilerías..

—Censura usted lo que no cono- ce.

—Ni ganas.

—A eso le llamo yo obstinación. En fin, no quiero perder el tiempo empleando un lenguaje que usted no puede comprender. A los ena- morados sólo nos comprende el ser que amamos y nos ama.

—Todo eso me parece una pue- rilidad.

—¿Cómo va a ser pueril lo que es base de la creación?

—No me convencerás.

—Ya veo que es usted un tes- tarudo. Mire, Tom, yo le quiero bien y voy a darle un buen conse- jo. Aun está a tiempo para rectifi- car. Usted, bien arreglado, da el golpe todavía. ¿No le parece que la madre de Carmen?...

Tom dió un salto.

—¿Que le haga yo el amor a una vieja? ¡Decididamente, Harry, te has vuelto loco!

Y huyó de su ex discípulo como quien huye del diablo.

VII

Sucedió lo que estaba previsto. Un día durante uno de aquellos paseos, durante una de aquellas charlas en que los dos se sumían en el mundo magnífico de su amor y de sus sueños, olvidándose de todo cuanto les rodeaba, Harry murmuró:

—Carmen, he de decirte algo muy importante.

Ella se estremeció. Temía y anhelaba la llegada de aquel momento. Sabía muy bien lo que él iba a decirle y lo que ella le iba a contestar. De momento, sería un cambio de palabras y promesas muy hermoso, pero después...

Una vez más, sin embargo, logró alejar de su mente aquel "después" que siempre la acechaba y repuso:

—Soy toda oídos, Harry.

—Pues voy a ser muy breve, Carmen. Te amo.

Ella entornó los ojos con un gesto lleno de coquetería.

—Ya lo sabía, Harry.

—Yo también sé que tú me amas y, sin embargo, no me lo has dicho aún.

—Es verdad, estoy en deuda. Ven, Harry; acerca a mis labios el oído. Voy a saldar esa cuentecilla.

Y cuando Harry acercó a la fresca boca su oído, oyó estas palabras acariciantes, divinas, embriagadoras, pronunciadas en voz muy baja, como un susurro:

—Te amo, te amo, te amo...

El entornó los ojos.

—En mi vida he oído una música tan deliciosa.

Y Carmen volvió a pulsar la lira de aquellas palabras.

El se levantó de pronto.

—¡Calla, calla!—suplicó con desvarío—. Tanta felicidad, tanta delicia no cabe en mi pecho. Reventaría.

Tomó aquellas manos, las opri-
mió, las acarició, las apretó contra su pecho, y le dijo:

—Carmen, a mí me gustaban todas las mujeres sin interesarme ninguna. Por primera vez se aúnan en mí estos dos sentimientos y otros muchos. Te adoro para admirarte y te quiero para acariciarte. Me conformaría con estar mirándote eternamente, y anhelo estrecharte entre mis brazos en una posesión completa de todo tu cuerpo y de toda tu alma. Eres la novia en quien había soñado, y, al mismo tiempo, la dulce y prudente esposa que llenará mi vida de paz. Te adoraré con locura, con delirio y sentiré al mismo tiempo hacia ti un amor lleno de paz y sosiego, un afecto íntimo y callado. Carmen, tú eres la mujer que llena todas mis ansias de felicidad y que realiza todos mis ideales.

Casi lloraba Carmen al oír es-

tas palabras tan íntimas y halagadoras.

Y ahora fué ella la que dijo:

—Calla, Harry, calla. No puedo más.

El acarició aquellos cabellos, estuvo mirando muy de cerca aquellos ojos y aquellos labios y no los besó. Quiso demostrarle así que no eran sus besos lo que únicamente deseaba. Y entonces fué ella la que con una mezcla de inquietud y purísimo deseo de ser besada apoyó la cabeza en el hombro viril.

Y la frente quedó al alcance de los labios de Harry. Y los labios de Harry se posaron en ella con un beso que más que tal fué una caricia.

—Voy a escribir a mis padres pidiéndoles autorización para casarme contigo. Estoy seguro de que me lo cederán. Nos iremos a vivir a América y vendremos a España todos los años. ¿Qué te parece?

Y ella repuso en una explosión de alegría y de sinceridad:

—¿Qué ha de parecerme, Harry? Un sueño.

Entonces, sin que ellos lo advirtieran, apareció el objetivo de la máquina de don Quico y el ojo de

éste, que espiaba con curiosidad malsana.

Don Quico llevaba una semana de éxitos. Había conseguido cuatro fotos de besos con sus correspondientes abrazos, y cinco de muchachas, que creyéndose solas, habían adoptado posturas descuidadas que dejaban al descubierto sus piernas hasta más arriba de las rodillas. Como de costumbre, cada una de estas fotografías había producido un alboroto de risas y regocijos entre las personas ajenas a ellas y la consiguiente indignación entre los involuntarios protagonistas de las divertidas escenas.

Ahora don Quico sonrió satisfecho. La foto que iba a obtener, valía por lo menos cuatro. Carmen tenía aún apoyada la cabeza en el hombre de Harry, y éste le rodeaba el talle con un brazo.

Don Quico oprimió el disparador y se fué tan contento como el cazador que ha obtenido una buena pieza.

Algunos días después, el fotógrafo se encontró en el salón del hotel con Carmen, y riendo neciamente le mostró la foto en la que aparecía entre los brazos de Harry.

—Tenga—dijo, con una risita de conejo—, para que la guarde como recuerdo.

Carmen la contempló. El rubor cubrió su rostro inmediatamente, y la ira hizo brillar sus ojos.

Rompió el retrato en veinte pedazos. Don Quico, llevando su cinismo a extremos intolerantes, trató de impedirlo cogiéndola de una muñeca.

—¡Cuidado! Está usted echando a perder un verdadero tesoro.

—Pues esto—repuso Carmen con creciente indignación, no es más que una parte de lo que pienso hacer.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí, y ahí va la segunda.

Uniendo la acción a la palabra, descargó en la mejilla de don Quico una sonora bofetada y le dejó plantado en compañía de otro caballero de su calaña, que se había unido a él para gozar del espectáculo de la turbación de Carmen.

Y ahora, la turbación fué para ellos, pues todos los que presenciaron la escena o percibieron el estampido del bofetón, lo corearon con una carcajada.

VIII

Pasaron algunos días. El dinero enviado por don Rafael tocaba a su fin. Doña Manuela comenzaba a pensar en la necesidad de regresar a Granada.

No sentía la misma ilusión que Carmen respecto al amor de Harry Stone, pues se daba cuenta de que cuando éste se enterase de lo que más tarde o más temprano se tenía que enterar, esto es, la vida de Carmen, la abandonaría, y del hermoso castillo de ilusión no quedaría más que el recuerdo grato de unas horas que no habían de volver.

Así se lo manifestó a su hija.

—Carmen, me parece que el juego empieza a ser peligroso para los dos. Ese hombre abriga intencio-

nes formales y cuando conozca tu vida...

El rostro de Carmen se ensombreció.

—Lo sé, mamá. No creas que eso no me preocupa. Si hubiera sabido que iba a quererle como le quiero, habría renunciado a su amistad. Pero ahora es demasiado tarde... ¿Qué sería de mí sin su amor?

—Pues es preciso que te vayas haciendo el ánimo.

—Es verdad, es verdad... Harry me cree una mujer completamente honrada, una burguesita virtuosa o una inocente colegiala. Ha escrito a sus padres pidiéndoles autorización para casarse conmigo. No debí haber dado lugar a eso. Pero le

amo, le amo con locura, y su amor me ciega.

Y quedó en esa actitud melancólica que sólo conocen las que sufren penas de amor.

—Habremos de pensar en marcharnos de aquí—dijo doña Manuela—. El dinero se nos está acabando. Además, ¿qué hacemos aquí ya, si tú no puedes aspirar a ser la esposa de Harry Stone?

—Es verdad, es verdad...

Y el alma de Carmen quedó sumida en una angustia de la que no había de librarse en todo el día.

Sólo cuando, como de costumbre, se reunió con Harry, se olvidó una vez más de todo para vivir en la ilusión de aquel amor al que su alma no podía aspirar.

Harry le dijo apenas comenzado el diario coloquio:

—Tus amiguitas me han dicho que cantas y bailas muy bien. Creo que un día las obsequiaste con una sesión de baile y canto. ¿Querías

bailar esta noche para que yo te vea?

Carmen estaba profundamente turbada. ¿Quién le habría dicho a Harry y con qué fin, que ella sabía bailar y cantar?

—¡Bah! Si apenas sé—repuso, tratando de no darle importancia.

Pero Harry insistió:

—Bien sé que es la modestia la que te dicta esas palabras. Tú sabes bailar y yo quiero que bailes para mí. Toda mujer andaluza tiene algo de artista.

—Puesto que tú lo quieres bailaré. ¿Qué me pedirás tú que yo no te conceda?

Y por la noche, en el salón del hotel, Carmen cantó y bailó unas granadinas.

Una maravilla cantando y un prodigio en el baile. Harry conoció todos los registros de la belleza y de la emoción en aquel canto, que era como una apasionada quejumbre.

Y cuando bailó, quedó Stone maravillado ante la extraña y cautivadora plasticidad de aquellos movimientos, de aquellas contorsiones en que parecía encerrada el alma española.

—¡Es prodigioso! —exclamaba

continuamente, dirigiéndose a Tom, que permanecía a su lado.

Y Tom hubo de convenir.

—Realmente, hay en esa danza y en quien la ejecuta, algo sublime e insuperable.

Pero de pronto, Carmen se estremeció. Acababa de ver entre los espectadores, a Miguel, un cliente del café cantante a quien muchas veces había servido ella copas de manzanilla y de quien muchas veces había tenido que defenderse luchando a brazo partido, cuando el alcohol inflamaba su sensualidad propensa al estallido.

La impresión había sido enorme. Fué como si el pasado surgiera ante ella con todo cuanto podía humillarla. Y el cuerpo de Carmen vaciló. En un principio todos creyeron que se trataba de una apasionada contorsión del baile, pero se desengañaron en seguida al ver que se desplomaba sobre la alfombra.

Harry fué el primero que acudió en su auxilio. Con la ayuda de él y de su madre, Carmen pudo salir del salón, en busca de una atmósfera más despejada.

Y el caso era que Miguel no había reconocido a Carmen. ¿Cómo se le iba a ocurrir que aquella chiquilla de vida humilde y un poco licenciosa estuviera en un hotel de lujo entre una multitud elegante? Ciertamente las facciones de Carmen no le fueron desconocidas, y cuando ocurrió el accidente estaba pensando: “¿Dónde habré visto yo esta cara?” Pero estaba muy lejos de sospechar que fuera la muchacha del café cantante con la que algunas veces había echado unas copas, y a la que había jaleado en sus bailes flamencos.

Cuando Carmen volvió en sí, Harry le preguntó amorosamente:

—¿Qué te ha pasado, querida mía?

Y ella contestó:

—Nada. Un poco de mareo. Como no estoy acostumbrada a bailar...

Harry exclamó, enternecido:

—¡Probrecita! ¡Y pensar que lo has hecho por complacerme a mí!...

Y besó suavemente aquella mano fina y pálida, a la que aun no había vuelto el color de la vida.

IX

Cuando estuvo a solas con su madre, la puso al corriente de la verdad de lo ocurrido. Era que un cliente del café cantante estaba en el hotel, un cliente que podía reconocerla si no la había reconocido ya, un hombre que podría presentar a los ojos de Harry toda la verdad de su triste pasado.

Doña Manuela compartió la agitación y el disgusto de su hija.

—Hemos de marcharnos de Lanjarón sin pérdida de tiempo—opinó.

Pero en aquel momento Carmen estaba contemplando un retrato de Harry, y la proposición le produjo el efecto de un puñal que se le clavara en su corazón.

—¿Marcharnos? ¿Separarme de él para siempre?

Y estas palabras fueron como un gemido desesperado.

—Comprendo tu pena, hija mía, pero sólo tienes dos caminos: o salir de aquí inmediatamente o contárselo todo tú misma.

Ante esta idea Carmen se estremeció horrorizada.

—¿Contárselo yo misma? Jamás, eso jamás.

—Pues entonces hemos de marcharnos hoy mismo de Lanjarón.

Y Carmen bajó la cabeza resignadamente.

—Como quieras, madre.

Empezaron inmediatamente a arreglar el equipaje, pero cuando las manos de Carmen volvieron a apoderarse de aquel retrato para guardarlo en la maleta, del alma



Era como un alma de niña en un cuerpo de mujer.



— ... pero yo los quiero como una madrecita.



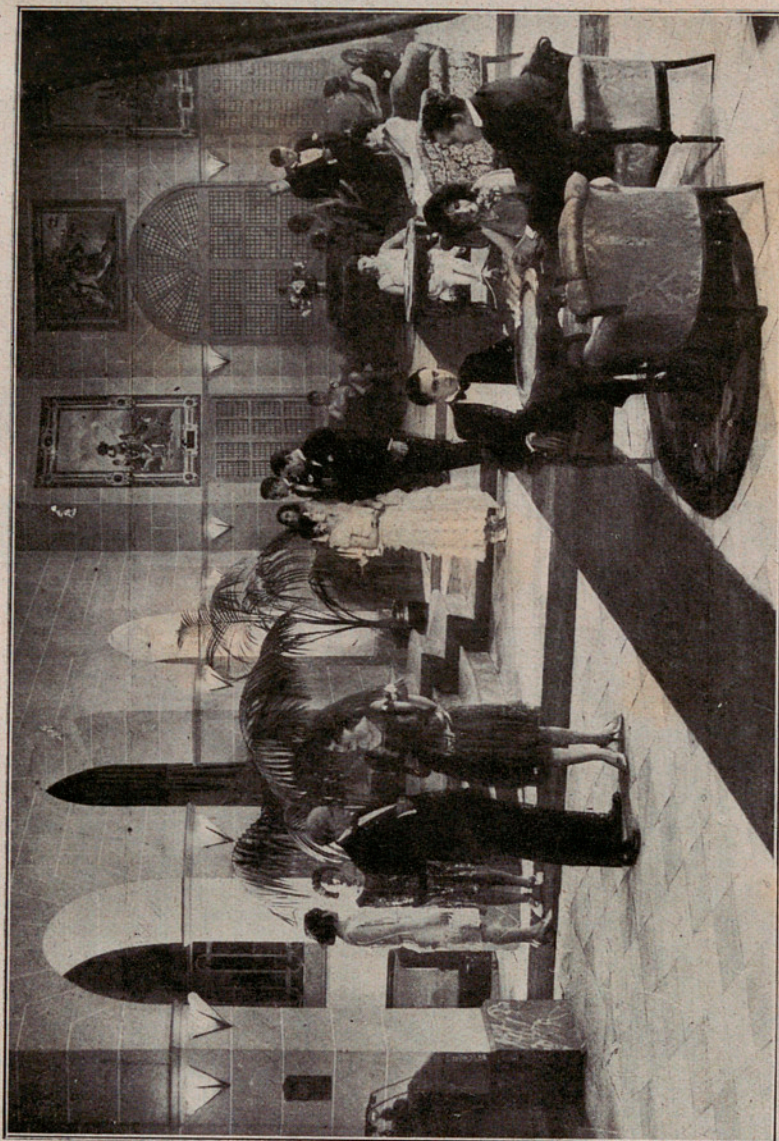
— Yo seré para el hombre al que ame.



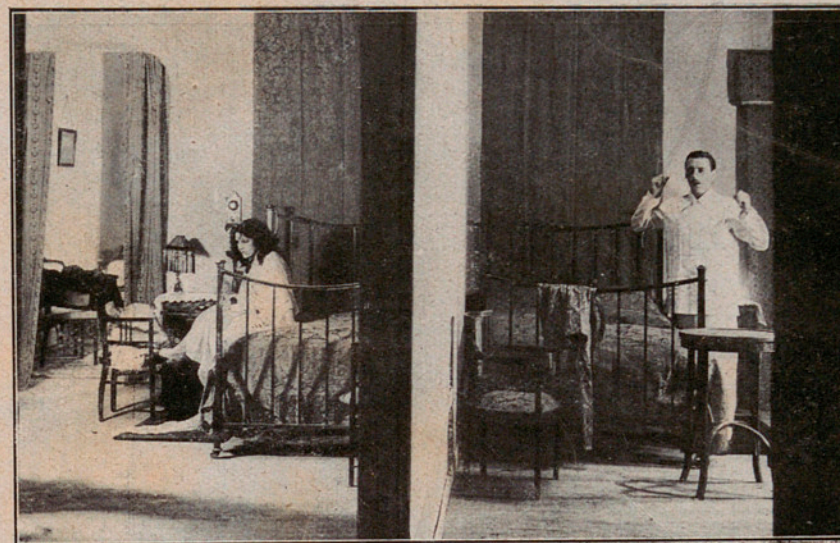
Don Quico era un solterón empedernido.



El dueño del auto era Harry Stone.



Por la noche hubo fiesta en el hotel.



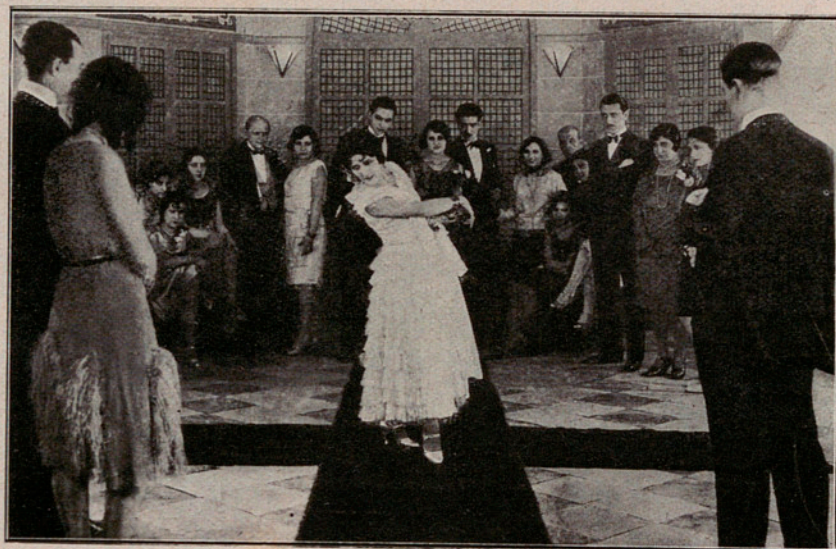
Carmen en su habitación y Harry en la suya ..



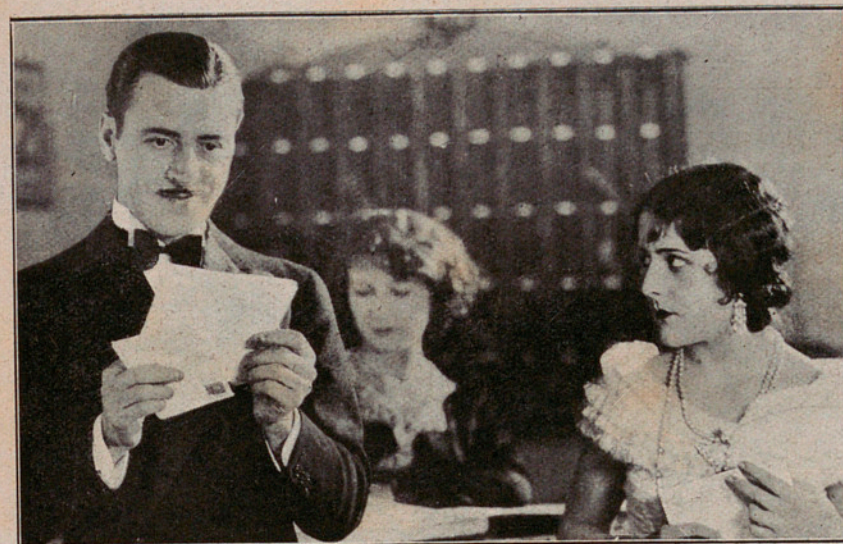
¿Qué pasaría si supiera que pertenecía al cuadro de alegres muchachas de un café cantante?



Don Quico llevaba una semana de éxitos...



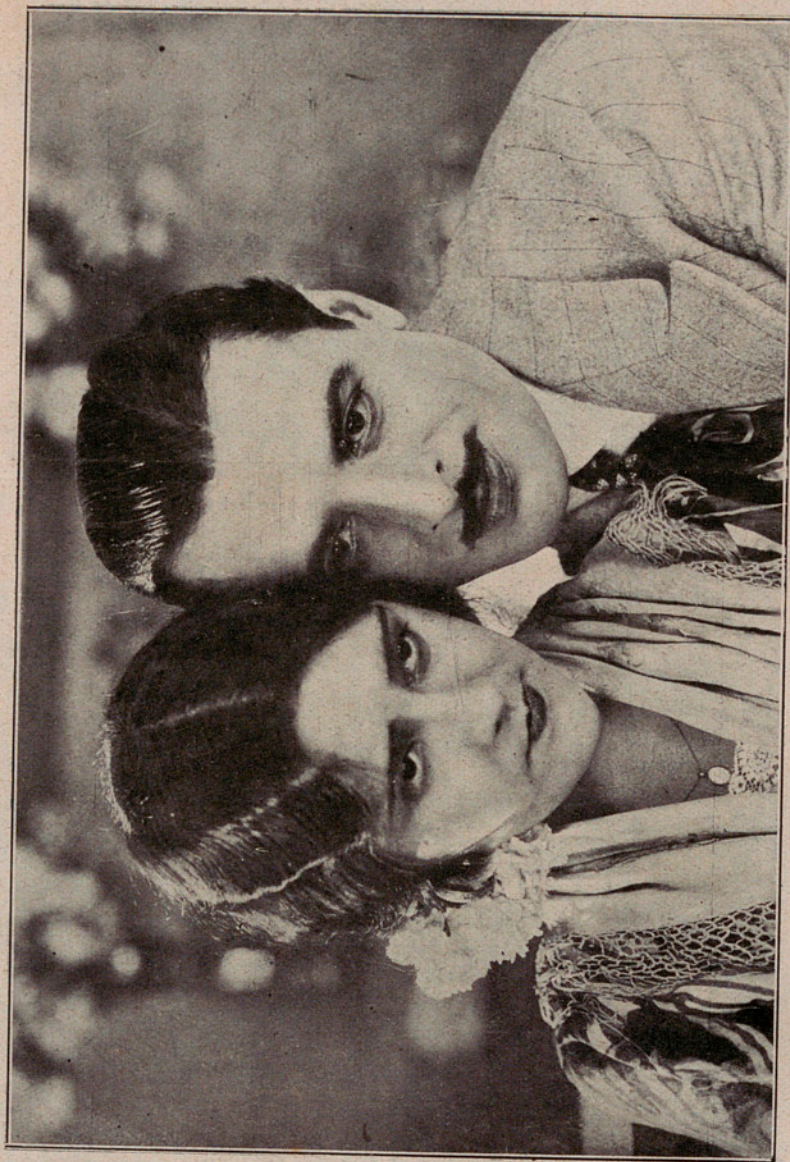
... Carmen cantó y bailó...



«... te autorizamos para casarte con esa muchacha..



... la puerta de la casa se abrió y entró Carmen...



— ¿Estás seguro de que mi pasado no resurgirá en tu pensamiento para torturarte?

LOS CLAVELES DE LA VIRGEN

de la joven se levantó una protesta desesperada:

—¡No nos vayamos hoy, mamá! ¡Quedémonos un día más, sólo un día!

—Como quieras — aceptó doña Manuela siempre dispuesta a dar gusto a su hija.

Y se quedaron un día más.

No vió durante aquel tiempo al temido cliente del café cantante. Se había ido de excursión muy de mañana para no volver hasta media noche.

Y Carmen pudo prolongar su ensueño al lado de Harry durante veinticuatro horas.

Nunca como aquel día se avergonzó de su pasado. ¡Oh si las cosas se pudieran hacer dos veces! El pasado de una mujer es siempre un presente fiscalizador que surge a cada momento para tormento de ellas y de los demás.

Pero ¿no estaba ahora mismo viviendo de un dinero que le regalara un hombre a cambio de una esperanza que ninguna mujer decente puede permitir que se alimente acerca de ella?

Y llegó el día siguiente. La hora de la marcha. Otra vez aquella mortal zozobra, aquel sentimiento de

angustia y rebeldía surgió en el alma de Carmen. Sólo que esta vez lo disimuló.

—Hoy es martes, mamá. No debemos viajar en este día de mal agüero. Lo dejaremos para mañana.

Y otra vez se doblegó doña Manuela a los deseos de su hija.

Aquella tarde, al bajar al comedor, Carmen temblada de miedo... ¿Estaría Miguel? Afortunadamente, el juerguista no se hallaba allí. Aficionado a las excursiones había vuelto a marchar a un cortijo de las cercanías con unos amigos.

Esto la tranquilizó. Ojalá se hubiera marchado para siempre. Pero, por desdicha, volvería. Esto era lo triste y lo inevitable. Y si la reconocía, si la descubría, Harry se apartaría de ella como de un apesado.

En el mundo hay cosas que no pueden ser y una de ellas es que un gran señor, un joven distinguido y millonario se case con una bailadora de café cantante.

Sí, sí. Tenía razón su madre. Era preciso marchar; era preciso alejarse de aquel peligro, del horrible tormento que para ella representaría el verse rechazada por

quien la había amado y a quien tanto amaba.

Y siempre, después de esta afirmación, se decía lo mismo: un día, unas horas más cerca de Harry.

Había comido con él y los dos salieron juntos del hotel con el propósito de dar un paseo.

Al pasar ante el *bureau*, la señorita que se encargaba de la correspondencia les llamó.

Había una carta para cada uno de ellos.

Harry recibió la noticia con regocijo. En cambio, Carmen se estremeció. ¿Quién podía escribirle a ella si no era don Rafael?

Tomaron cada uno su carta y Harry la abrió inmediatamente. Carmen, en cambio, se retiró a un lado para leerla y no tenía prisa ninguna por rasgar el sobre.

Le bastó examinar detenidamente la letra para comprobar que, en efecto, era de don Rafael. Una íntima vergüenza la dominaba. Era el pasado que volvía, el deshonor de su vida pasada que le venía ahora a las manos encerrado en un sobre.

Abrió la carta por fin y la leyó:

“Querida nenita:

¿Cómo te va? ¿Te diviertes mucho? Deseo que pases un verano delicioso. Yo regresaré pronto a Granada y volveremos a divertirnos de lo lindo. Si supieras qué ganas tengo de volver a mi elemento. Porque la verdad es que yo, en plena juer-ga, me siento como el pez en el agua.

¿No deseas tú también que vuelvan a estar las cosas en su punto? Estoy seguro de que sí que lo deseas, porque tú para divertirte eres la única.

Espero que a mi vuelta te muestres más cariñosa conmigo. Bien te he demostrado que te quiero. Quiéreme tú y te aseguro que no te arrepentirás, porque todo lo que puedas desear será tuyo en el acto. Será tuyo porque yo me encargo de ponerlo a tus pies. Y tomo espontáneamente ese encargo porque en el mundo no me interesa nada más que mi reina gitana.

Tuyo,

Rafael.”

Estrujó nerviosamente la carta. Aquel lenguaje que antes consideraba gracioso le parecía ahora hu-

millante. Y es que ahora había escuchado las dulces y corteses palabras de Harry, tan amable, tan exquisito.

En cambio, Harry daba muestras evidentes de satisfacción después de haber leído su carta.

Se dirigió a Carmen con el pliego en la mano y ella tuvo que ocultar la misiva de don Rafael en el escote.

—¿Quién te ha escrito?—inquirió Harry, muy lejos de sospechar la tremenda revelación que encerraba aquella carta.

—Una amiga de Granada. Una de tantas amigas. No tiene importancia.

—En cambio, la que he recibido yo sí que la tiene. Oye, que a ti también te interesa.

Y comenzó a leer en voz alta:

“Mi querido hijo:

Con gran alegría nos hemos enterado de tu carta. Tanto tu madre como yo te autorizamos para casarte con esa muchacha que te ha cautivado y que de tal modo nos alabas. Pero, sobre todo, vuelve pronto. Suponemos que tu novia será una señorita honrada. Habiendo-

la elegido tú no puede ser de otro modo.

Tanto tu madre como yo deseamos verla y recibirla en nuestros brazos.

Te abraza tu padre,

Max.”

A medida que Harry iba leyendo, las lágrimas comenzaron a empañar los ojos de Carmen.

Lloraba de emoción al sentirse tratada con tanta dulzura y de pesar al comprender que cada vez había de serle más doloroso separarse de Harry.

Su deber ante un hombre tan noble como Harry era confesarle toda la verdad, pues engañarlo equivalía a una vileza. Pero ¿cómo iba ella a atreverse a hacerle aquella revelación tan tremenda? No, no. Prefería huir, prefería desaparecer sin dejar rastro.

Al darse cuenta Harry de que las lágrimas resbalaban por las mejillas de Carmen, le preguntó amorosamente:

—¿Qué te sucede? ¿Por qué lloras?

Y ella se esforzó por sonreír a través de las lágrimas.

—Lloro de alegría, Harry. ¿No lo comprendes?

El exclamó entusiasmado:

—¡Qué felices vamos a ser, Carmen!

Y la cogió del brazo y la condujo al jardín.

Pasearon a la sombra del tupido ramaje que formaba largas bóvedas a lo largo del huerto.

X

Nuevo paseo por la noche. Nuevos madrigales tejidos por la pasión de Harry en los oídos de Carmen. Nuevos estremecimientos de emoción dulcísima. Era como si, al encontrarse, los efluvios de aquellos dos corazones produjeran una corriente especial profunda e intensa.

Pasearon bajo las frondas del jardín, a aquella hora dormidas bajo el resplandor lunar. Unas manos maravillosas tejían con esta luz fantásticos encajes en las copas de los arbustos. Todo estaba perfumado y en el ambiente reinaba esa augusta calma de las noches granadinas.

El gotear de las fuentes, el mur-

mullo de los surtidores era lo único que se percibía en aquel silencio.

Volvieron por fin al hotel. Como de costumbre, fueron juntos hasta el corredor adonde daban las puertas de sus cuartos respectivos. Y, como de costumbre también, se despidieron con un beso.

Primero miraron a un lado y a otro para convencerse de que nadie los veía. Después se confundieron en un apretado abrazo. Y esta vez sintió Harry que los labios de la amada, al buscar los suyos, lo hacían con inusitada intensidad. Fué aquel un beso en que Carmen pareció querer sorberle la vida, dándole la suya en cambio. Fué un beso

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

en que por un instante aquellas dos almas se sintieron plenamente fundidas.

Goce exquisito, turbación profunda, emoción divina que ninguno de los podría olvidar.

Se separaron y entró cada cual en su habitación.

Carmen lo hizo con la cabeza baja, sin atreverse a mirar a Harry, como si tratara de ocultar sus ojos.

Y es que lloraba y temía que él lo advirtiese.

Al cerrar la puerta tuvo que apoyarse en ella para no caer. Después, con paso vacilante, cruzó el cuarto y se desplomó en una butaca.

Su madre había advertido y comprendido aquellos gestos, aquella actitud de mortal desolación. Y por eso, porque lo había comprendido, calló prudentemente.

Estaba ya doña Manuela terminando de arreglar el equipaje. Sólo le faltaba cerrar su maleta.

Así lo hizo y dijo a Carmen:

—Acaba de arreglar tus cosas. El tren sale dentro de una hora y no tenemos tiempo que perder.

Obedeció Carmen con gestos desfallecidos. Las lágrimas le velaban los ojos mientras realizaba aquella

triste tarea y su pensamiento estaba absorto imaginando el futuro.

Se veía otra vez en Granada, en el ambiente ponzoñoso del café cantante. Miguel y otros señoritos de su calaña la rodeaban, siempre acechando el momento de ofenderla con una palabra o con un gesto.

Porque si antes aquellos gestos y aquellas palabras no la ofendían, ahora sí. Ahora había cambiado todo. Ahora conocía la fina caballerosidad de un hombre que la amaba y la respetaba al mismo tiempo.

No, no podría volver ahora a aquel ambiente ruin donde antes se encontraba tan a sus anchas y tanto se divertía.

Pasó por su pensamiento la idea de no volver al indigno tugurio. Pero ¿qué haría entonces? ¿De dónde sacaría todo lo que necesitaba para alimentarse ella y alimentar a su madre y a sus hermanitos?

No tenía más remedio que volver. Era preciso continuar la vida de deshonor que había interrumpido.

Y este convencimiento aumentó la intensidad de su llanto. Las lágrimas iban cayendo sobre la ropa

LOS CLAVELES DE LA VIRGEN

mal arreglada en el interior de la maleta.

Su madre movió la cabeza con un gesto de pesadumbre.

—¡Vamos, vamos! Hay que tener valor, hija mía. Debes comprender que ese amor es imposible. Un día u otro se descubriría que estabas en la venta y entonces Harry te habría abandonado, lo que hubiera sido peor aún.

—Si todo eso lo sé de memoria, mamá—replicó Carmen sin poder contener su desesperación—. Pero déjame al menos que llore.

Hablaban en voz baja para que Harry no las pudiera oír y también el llanto de Carmen era contenido y silencioso.

La torpeza de sus manos en aquel estado de intenso nerviosismo hizo que la tarea se prolongara más de lo natural.

Carmen lloraba y trabajaba al mismo tiempo.

Por fin todo estuvo listo. Sólo faltaba lo más difícil para Carmen: salir de allí, alejarse de Harry para siempre.

Se revistió de valor y cogió su maleta mientras su madre levantaba la suya.

Y he aquí que en este momento

sonaron en el tabique unos golpecitos, los golpecitos que sonaban todas las noches, el último saludo que cambiaban Carmen y el joven millonario.

Carmen se detuvo sobrecogida. Sus ojos aterrados se volvieron hacia los de su madre y vio que también en ellos había huellas de emoción.

Por un momento, madre e hija estuvieron mirándose sin saber qué decirse ni atreverse a pronunciar palabra.

Los golpecitos volvieron a sonar, esta vez más rápidos y fuertes.

Entonces comprendió Carmen que sería peor callar que responder, ya que el silencio podía despertar sospechas en Harry.

Volvió al lado de la cama y golpeó el tabique con los nudillos.

En seguida se oyó la voz alegre del americano:

—Buenas noches, Carmen.

Carmen hizo un esfuerzo inaudito, rompió aquel nudo que ponía en su garganta un obstáculo invencible, y contestó:

—Hasta... mañana... Harry.

Y todo quedó en silencio, un silencio triste y angustioso, de sepul-

cro. Un silencio infinito de muerte.

Doña Manuela se llevó un dedo a los labios y echó a andar de puntillas hacia la puerta.

Y Carmen, también de puntillas, salió de la habitación en pos de su madre.

Avanzaron por el pasillo cautelosamente.

Carmen se detuvo un momento para contemplar por última vez aquella puerta tras la cual dormía

su amado, ignorante del drama que se estaba desarrollando y que tendría consecuencias mucho más dramáticas y dolorosas aún.

Fué una mirada de tristeza infinita, una mirada en la que puso su vida toda.

—¡Adiós, Harry, adiós! — murmuró muy bajito.

Y, de puntillas, con la maleta en la mano y el pañuelo en la boca para contener sus sollozos, siguió avanzando a lo largo del pasillo.

X I

Al día siguiente se levantó Harry más contento que de costumbre.

Había reflexionado detenidamente sobre su porvenir y de ello nació la decisión de celebrar su boda con Carmen lo antes posible.

Se casarían a principios de septiembre. Inmediatamente embarcarían para Nueva York, pues él deseaba que sus padres conocieran y amaran cuanto antes a la que, sin duda, había de continuar la gloriosa estirpe de los Stone.

Pasó al cuarto de baño silbando alegremente. Después se desayunó con excelente apetito y después se vistió y acicaló minuciosamente. Era preciso que Carmen no encontrara una sola falta a su indumentaria, ya que, por lo visto, no se la encontraba a él.

Al salir al pasillo iba pensando en que no se había dejado oír el menor rumor en el cuarto contiguo. ¿Estaría durmiendo todavía Carmen? ¿Estaría enferma? Pero esta idea fué desechada al punto. Si estuviera enferma, se habría oído más ruido que de costumbre en vez de no oírse ninguno.

Desde luego, era muy extraño que siendo las diez continuara el silencio de media noche en el cuarto contiguo. Carmen era muy madrugadora y a las nueve ya estaba fuera de su habitación todos los días y ya le había despertado a él con su charla bulliciosa, percibida a través del tabique. Era un despertador que sonaba en los oídos de Harry como una música deliciosa y que le procuraba ese alegre desper-

tar necesario para mantener el optimismo durante toda la jornada.

Estas reflexiones se estaba haciendo cuando advirtió que la puerta del cuarto de Carmen no estaba cerrada sino entornada.

Llamó discretamente, con suaves golpecitos. Nadie contestó. Volvió a llamar. Y como continuara el silencio, decidió empujar la puerta. Entró en el cuarto y advirtió algo extraño en él. Daba la impresión de un cuarto vacío, no por ausencia de sus moradores, sino por estar deshabitado.

En el tocador de Carmen no había uno sólo de aquellos frascos y objetos que Harry había visto otras veces.

Después comprobó que habían desaparecido las maletas y una terrible sospecha le dominó.

¿Se habrían marchado?

Pero la idea le pareció tan tremenda, tan increíble, que no la aceptó.

Sin embargo, continuaba presa de profunda inquietud, y para acabar de una vez con aquellas mortales dudas, llamó por teléfono al conserje.

—Soy Harry Stone. ¿Sabe si ha salido la señorita Carmen?

—Sí, señor. Se marchó anoche con su madre.

Harry se quedó estupefacto. Le costó gran trabajo poder formular esta nueva pregunta:

—¿Que se fué anoche? Pero ¿del hotel o del balneario?

—Se marcharon de Lanjarón, señorito.

Nueva pausa y nuevo esfuerzo.

—¿Sabe usted si volverán?

—No lo creo, señorito. Dieron por terminado el veraneo.

—¿Y adónde han ido? ¿Acaso lo sabe usted?

—No dijeron nada, señorito.

Con el auricular en la mano y desorbitados los ojos, Harry permaneció un instante sumido en mortal mutismo. Negras ideas comenzaban a circular por su mente, entenebreciéndola.

Y aun hizo una última pregunta:

—¿Dejaron alguna carta para mí?

Nueva negativa del conserje y Harry colgó el aparato.

Tambaleándose, volvió a su cuarto y se dejó caer en un sillón.

No podía encontrar explicación a aquella absurda huida. Por otra parte, su mente no estaba en condiciones de encontrar explicación a

nada y esto aumentaba para Harry la dificultad de encontrar una solución al inopinado problema.

¿Desamor? No, no era posible. La mejor artista del mundo no habría representado un papel con tanta verdad. Una cosa hay en el mundo difícil, casi imposible de fingir, y es el amor verdadero. La farsa de un amorío, de una de esas pastorcillas que tienen tanto de tales como de pasatiempo, es fácil de simular. Pero un amor tan hondo, tan sublime, tan absoluto, tan hermoso, como el que había conmovido a Harry en aquellos dulces e inolvidables coloquios bajo el perfume de las frondas; un amor como el que a él le dejaba desfallecido de emoción, de esperanza y de deleite, después de una jornada en la que no pasó un minuto sin oír una palabra de Carmen o sin sentir en su corazón el effluvio de una de su miradas, un amor así no es posible fingirlo.

Además, recordaba que la noche antes Carmen le había besado con una vehemencia desusada, con afán que estaría perfectamente explicado si aquél hubiera de ser el último beso.

¿Y no era esto una prueba indu-

dable de que el amor de Carmen era sincero?

Pero ¿no era también una demostración de que ya tenía el propósito de marcharse?

Y sobre esta idea fué trenzando otras muchas, todas igualmente amargas. Carmen, cuando se despidieron, ya sabía que tenía que marcharse. Y Carmen no le había dicho nada. ¿Por qué aquel misterio con el hombre que iba a ser su marido?

Evidentemente quien ama de verdad a una persona no procede así con ella.

Y otra vez sospechaba del amor de Carmen. Y otra vez pasaba por su mente la negra sospecha de que le había engañado, de que se había burlado de él cruelmente.

Pero en seguida volvió a rectificar. Algo protestaba en su interior cuando pensaba que el amor de Carmen era falso.

Y en estas oscilaciones, en este ir y venir doloroso de su pensamiento, pasaron los minutos sin que Harry lograra ni siquiera vislumbrar la solución del tremendo problema que de súbito se le había presentado.

¿Por qué le había abandonado

Carmen? ¿Por qué aquella huída, aquella separación que ni siquiera le había dejado entrever la mujer amada?

¿Por qué?... ¿Por qué?...

Y la pregunta seguía sin respuesta. Pero lo cierto era que Carmen se había marchado llevándose lo mejor de su corazón. Que le había abandonado para siempre. Que no la volvería a ver más.

Anodadado, aplastado al fin por la lucha interna, vencido por aquel dolor cada vez más intenso y profundo, ocultó el rostro entre las manos y prorrumpió en amargos sollozos.

En este momento entró Tom en la habitación de Harry. Se quedó sorprendido ante el cuadro que se ofrecía a sus ojos. ¿Harry llorando? No recordaba haberlo visto nunca llorar. Sólo cuando era niño derramaba algunas lagrimitas, pero esto era en él sumamente raro.

Algo muy grave debía de haberle ocurrido.

Se acercó, le tocó suavemente en un hombro.

Harry levantó la cabeza. La presencia de Tom dijérase que aumentó su pena, pues volvió a ocultar el rostro entre las manos y siguió

sollozando, ahora más intensamente.

—¿Pero ¿qué te pasa, hombre?

—le preguntó Tom.

Y entonces contestó Harry:

—Me ha abandonado. Se ha marchado sin decirme nada, sin dejarme siquiera dos líneas de disculpa. Me ha dejado cuando más profundo era mi amor hacia ella...

Tom movió la cabeza en son de lamento. Compartía el dolor de Harry, pero en el fondo se sentía orgulloso de permanecer soltero.

—¿No te lo dije yo, Harry? Las mujeres sólo sirven para dar disgustos. Como un hombre está mejor es soltero. Si me hubieras hecho caso ahora no tendrías que sufrir las consecuencias. ¡Mujeres!... ¡Mujeres!... ¡Y que la vida tenga que depender de quienes tan poca importancia dan a todo lo existente! Frívolas, superficiales, volubles, caprichosas... ¡Qué bien hice en no querer casarme!

Pero Harry no contestó. Tenía bastante con su tormento. Los discursos de Tom no le interesaban lo más mínimo en aquellos momentos de infinita angustia.

Pero el solterón volvió a sacarlo de su llanto con una pregunta.

—Y ahora ¿seguiremos aún en Lanjarón?

—¡Qué me importa ya Lanjarón no estando ella!—exclamó Harry.

—Partiremos inmediatamente. Mañana mismo.

Y Tom, con oculto egoísmo, comenzó inmediatamente a preparar las cosas.

Anhelaba salir de aquel pueblo

cuanto antes para seguir la interesante excursión por las ciudades de España.

Y aunque disimulaba su alegría por respeto al dolor de Harry, la verdad era que estaba contento y que, en el fondo, se alegraba de que Carmen se hubiera conducido de acuerdo con el concepto que él tenía de las mujeres.

X I I

Otra vez el café cantante. Otra vez aquella vida que ahora le parecía llena de miseria.

Carmen no podía soportar ahora lo que antes había soportado tan fácilmente. Le molestaba el olor de la manzanilla, la llenaban de indignación las palabras groseras de los clientes, los cuales, por el mero hecho de hacer en la casa un poco de gasto, se creían con derecho a profanar su pudor, aquel pudor que había resurgido en ella como en un magnífico florecimiento a la sombra de los jardines frondosos de Lanjarón y al arrullo de las palabras de Harry.

¡Harry! Este nombre no lo olvidaría ella nunca. Lo llevaba grabado en el corazón al mismo tiempo que en la memoria.

¡Harry! ¡Quería decir tanto para ella aquel nombre! ¡Encerraba tantas y tantas maravillas para su oído, para su pensamiento, para su alma! ¡Harry! Y no se cansaba de repetirlo una y mil veces en sus momentos de soledad, en aquellos momentos en que volvía a casa y, lejos del fétido y emponzoñado ambiente del café cantante, se permitía seguir soñando durante unas horas, seguir aquellos hermosos sueños que habían empezado en Lanjarón y que la fatalidad había interrumpido.

¿La fatalidad? No. Allí estaba, acusándola, su propia vida, su decisión, firme y premeditada, de ingresar en el café cantante.

Bien es verdad que había recibido malos consejos de las amigas.

Pero allí estaban, en cambio, los de su madre, que debieron ser suficientes para contrarrestar los de las malas amistades.

No, no debía atribuir a la fatalidad sus sufrimientos actuales.

Sin embargo, y fuera o no culpable, su alma era cada vez más enemiga de aquella vida que le había robado el amor de Harry, el único amor de su existencia, y si seguía concurriendo al café en calidad de bailadora, era porque no encontraba otro trabajo decente con que substituir aquél.

Y lo que antes era para ella diversión, ahora representaba largas horas de suplicio.

Bien caros estaba pagando sus errores.

Pero un día recibió una carta en que don Rafael le anunciaba su próxima vuelta. Le hablaba, como de costumbre, de gastar mucho dinero con ella, de satisfacer todos sus caprichos, de proporcionarle una vida que hasta una emperatriz envidiaría. Y he aquí que, así como cuando recibió las tres mil pesetas sólo pensó en gastarlas alegremente, ahora, al pensar que don Rafael le había hecho aquélla y otras entregas importantes, vió todos los

peligros que su madre le anunciara y que ella consideró como una preocupación de vieja chapeada a la antigua.

Don Rafael vendría dispuesto a exigir el cobro de lo que tan largamente había pagado. Era evidente que tenía cierto derecho a reclamar, desde el momento que ella había aceptado sus dádivas y se había aprovechado de ellas.

Don Rafael intentaría cobrarse. Esta idea se le clavó en la mente y de tal modo la enloqueció y la torturó, que al mismo día siguiente de haber recibido la carta, Carmen salió del café cantante para no volver.

¿Qué haría? ¿Cómo se procuraría el dinero necesario para mantener a su madre y a sus hermanitos? Ni siquiera pensó en ello. Había de ser el hambre lo que la esperaba en la nueva vida, y la preferiría cien veces a tener que pasar por la vergüenza de que don Rafael le exigiese el pago de lo que le debía.

Sin embargo, Dios premió aquella decisión heroica. La familia de Carmen no pasó hambre. Carmen tenía unas manos de oro para bordar y montó en su casa un pequeño

taller que le producía lo suficiente para vivir y mantener la casa, sino con la espléndidez de antes, sí con una tranquilidad mucho más grata y dulce que el derroche desordenado de un dinero que tan poco le costaba de ganar.

Las horas de libertad las dedicaba a honestos paseos, especialmente por la Alhambra, a la que amaba con amor desusado desde que Harry le leyera aquellos cuentos que a él le habían impelido a venir a España.

Un día, cuando estaba asomada a uno de los magníficos ventanales empapados de ambiente morisco, le sucedió algo que la impresionó profundamente.

¿Era él? Sí, era Harry, Harry

que contemplaba el mismo panorama desde otro ventanal cercano.

Su primera idea, después del primer instante de perplejidad, fué echar a correr. Pero en seguida cambió de pensamiento. Harry no la veía y ella podía deleitarse contemplando aquel rostro amado que aun era luz y esperanza de su vida.

Y con una mano en el corazón que le latía violentamente, estrujándose el pecho como si temiera que la viscera la pudiera delatar con sus latidos, pasó unos momentos inolvidables, unos momentos que sólo se podían comparar con aquellos otros de Lanjarón en que Harry murmuraba a su oído madrigales enternecedores.

XIII

Harry y su preceptor recorrían aquellos lugares famosos en el mundo entero, muy ajenos a que Carmen pudiera hallarse tan cerca.

Tom, con su erudición de pedagogo iba nombrando a Harry los lugares por donde pasaban e iba contando historias con ellos relacionados.

Pero Harry apenas le escuchaba. Verdad era que había soñado mil veces con ver aquella Alhambra que los cuentos de Irving le habían presentado tantas veces a los ojos de la imaginación. Y he aquí que ahora todo aquello no tenía para él más interés que pertenecer al suelo donde Carmen había nacido.

¡Carmen! Tampoco él podía ol-

vidar este nombre bendito que había despertado en su corazón el único amor verdadero de su vida. Ahora, sin ella, después de haber gustado la esperanza de tenerla en sus brazos, de que fuera de él para siempre, de que no se separara nunca de su lado, no podía interesarle nada.

Mientras Tom se absorbía en sus eruditas explicaciones, él dejó vagar la mirada distraídamente por el hermoso paisaje.

Y también él, de pronto, descubrió el rostro en el que ni un solo día había dejado de soñar.

—¡Carmen! — gritó sin poder contenerse.

Y echó a correr hacia ella, sien-

do inútil el gesto de Tom para detenerle.

—Pero ¿dónde vas? ¿Estás loco?—gritó el preceptor.

Harry no le oía ya. Corría en dirección a Carmen.

No había tenido tiempo de pensar nada. No había tenido tiempo de recordar que ella le había abandonado y que con este acto sus relaciones con ella habían quedado rotas para siempre. Al correr hacia ella había respondido a un movimiento irrazonado y ciego de todos sus miembros. El motor de propulsión había sido el corazón y no la mente.

Pero ¿qué hacía Carmen? ¿Acaso le esperaba? ¿Acaso se había dejado cegar también por la pasión en aquel momento de emoción loca?

No, Carmen se había dado cuenta de lo que para ella significaría una entrevista con Harry en aquellos momentos. Carmen no se había dejado ofuscar hasta el extremo de confusión en que se hallaba Harry y había emprendido veloz carrera al ver que el americano se dirigía a ella con tanta decisión.

La persecución por las galerías de la Alhambra fué larga y acci-

dentada. Varias veces estuvo Carmen a punto de caer y otras tantas vió Harry en peligro sus huesos. Pero ni éste estaba dispuesto a abandonar la persecución ni ella a dejarse alcanzar.

Y siguieron corriendo por las calles de Granada hasta que llegaron a la casa de Carmen.

Esta entró rápidamente y cerró la puerta.

Harry llamó una y otra vez. Estaba loco, loco de aquel amor que ahora había resurgido arrolladoramente. Hablaría con Carmen costara lo que costara.

Y llamó cada vez con más violencia.

La puerta no se abrió, pero sí la ventana de una vecina que le dijo con un desparpajo muy meridional que de momento desconcertó a Harry:

—Oiga, señor: ¿qué mal le ha hecho a usted la puerta para que le esté usted dando esa paliza?

—Necesito hablar con Carmen—repuso Harry sin poder apartar de su pensamiento aquella obsesión.

La vecina, que tenía tanto de graciosa como de murmuradora y mala lengua, se echó a reír.

—¿Con esa coqueta? — repuso.

—Parece mentira que un señorito como usted sufra por una mujer de esa calaña.

Harry se quedó estupefacto, sobrecogido. Bien sabía lo que había detrás de aquellas palabras.

Se revistió de valor para preguntar:

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues que esta niña ha corrido más que las aguas de un río. ¿Acaso se ha enamorado usted de ella?

—Sí, señora. Estoy profundamente enamorado de esa mujer. ¿Vive aquí?

—En efecto, ahí vive.

Y añadió bajando la voz y gozando por anticipado del efecto que sus palabras iban a producir:

—Pero ¿sabe usted quién es Carmen? ¿Ignora que ha sido bailarina de un café cantante?

Harry se estremeció. ¿Carmen bailarina de una casa de diversión? ¿Era posible que aquella mujer que él mentalmente había colocado en lo más alto de la inocencia y la pureza, fuera ni más ni menos que una alegre muchacha como esas que alegran la vida de los clientes en los cabarets?

—¿No me engaña usted, señora? —gimió.

Y la vecina repuso:

—Le estoy diciendo a usted una verdad más grande que la Sierra Nevada.

Harry imploró:

—Hable, hable.

Y la pérfida vecina, con insana complacencia, fué contándole a Harry todo el pasado de aquella mujer. Lo único que calló intencionalmente fué que ya no estaba en el café cantante y que ahora se ganaba la vida con un trabajo honrado.

En cambio, hizo hincapié en el asunto de don Rafael. Este señor era el que corría con el gasto de la casa. Este señor le había mandado hacía poco tres mil pesetas para que se fueran a veranear a Lánjarón. Algunas aseguraban que el buen viejo no había cobrado aún de Carmen lo que había pagado ya con tanta largueza. Ella no lo creía, pero, aunque fuera así, estaba segura de que un día u otro don Rafael exigiría y obtendría lo que le pertenecía por derecho propio.

Harry había escuchado este infame discurso sin pestañear, con un mortal estupor al ver que a sus ojos enamorados se iba descubriendo

una Carmen nueva, muy distinta a la purísima mujer que él había creído ver en ella.

No esperó a que la vecina terminara su perorata. Se despidió de ella dándole las gracias con un gesto desabrido y volvió a la Alhambra, a reunirse con Tom.

—Tom—le dijo apenas hubo lle-

gado—. Mañana nos marcharemos de Granada y nunca más volveremos a poner las plantas aquí.

—¿La has visto? — preguntó Tom.

—No la he visto, pero la he conocido—repuso Harry con voz empañada por el dolor y el desencanto.

XIV

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, Harry y Tom salieron de Granada en el magnífico automóvil del joven millonario. Irían al norte y desde allí embarcarían para América. Harry no quería en modo alguno prolongar su permanencia en España, aunque aun no había terminado el proyectado viaje de turismo.

Ahora comprendía claramente por qué Carmen le había abandonado. Tenía un protector, un protector que no le daba amor como él, pero sí muchos billetes, lo cual era para ella mucho más importante.

Sin embargo, al formular con el pensamiento estas acusaciones, algo

se levantaba en son de protesta en el alma de Harry, algo muy hondo e indefinible que no podía identificar, que era más fuerte que su voluntad y que su despecho.

El auto avanzaba a gran velocidad por la carretera. Tom pidió a Harry que se detuviera un momento y le mostró el panorama de la ciudad.

—Contempla por última vez Granada — dijo impresionado por el cuadro bellissimo.

Y añadió con énfasis:

—Desde aquí, según dice nuestro Irving, se despidió llorando de Granada el último rey moro Boabdil.

Aquellas palabras impresionaron profundamente a Harry. También

él había perdido lo más hermoso de Granada. También aquel monarca sabía llorar como él había llorado y necesitaba volver a llorar.

Y rompiendo aquella angustia que le destrozaba el pecho, con decisión súbita y desesperada, exclamó:

—Boabdil era un cobarde, tan cobarde como lo soy yo. Tom, volvamos a Granada. Hay que intentar un último esfuerzo antes de perder lo que yo más quiero en el mundo.

—Pero ¿estás loco, Harry? ¿No te han dado malos informes de esa mujer?

—¿Y si aquella vecina me hubiera engañado? Yo no puedo creer de Carmen todo lo que ella me dijo. Necesito que la misma Carmen lo rectifique o lo ratifique.

Y, a pesar de las protestas de Tom, el automóvil volvió a Granada.

Llegó hasta aquella puerta por donde Carmen había desaparecido y llamó una y otra vez sin que nadie respondiera. En vista de que no le abrían, pensó llamar en casa de la vecina que le diera los informes de Carmen, para indagar acerca de su paradero, si es que no se halla-

ba en casa, pero, antes de que lo pudiera hacer, se abrió la puerta de la casa que lindaba con la de Carmen por el otro lado y su moradora preguntó a Harry qué deseaba.

Esta vecina era la antítesis de aquella otra que había envenenado la vida a Harry. Tenía un buen corazón y sabía muy bien el caudal de bondad que encerraba el de Carmen.

—¿Qué desea usted?

—¿Sabe si está su vecina en casa?

—¿Quién? ¿Carmen?

—La misma.

—Pues no está. Ha salido con su madre y sus hermanitos.

—¿Sabe usted si volverá?

—Claro que sí. Mañana es la Virgen de las Angustias y han de estar pronto de vuelta, pues ella, como de costumbre, llevará al altar los claveles de su huerto y está muy ilusionada con los preparativos.

Aquel acto, aquella ofrenda que Carmen iba a realizar, fué para Harry una prueba de que su amada no era la mujer que le habían dicho. ¿Cómo podía haber aquel fervor en una mujer de malos sentimientos y peores costumbres?

Ansiosamente, demandó:

—Buena mujer, quiero que usted me cuente todo lo que sepa de Carmen. Estoy enamorado de ella, quería hacerla mi esposa, pero he sufrido la mayor desilusión de mi vida ante lo que de ella me han contado. ¿Es realmente una mala mujer? ¡Le suplico que me diga la verdad, toda la verdad!

La vecina miró a Harry con una mezcla de simpatía y comprensión.

—Le diré a usted la pura verdad—aseguró con firmeza—. Es cierto que Carmen ha sido bailarina de un café cantante, pero puedo asegurarle que es honrada. Muchas consejeras la impulsaron a ingresar en el café, asegurándole que ganaría dinero para gastar y guardar, con lo que podría atender a los gastos de la casa y dedicar una buena parte a divertirse. Ella accedió, no precisamente por los goces que el dinero pudiera proporcionarle, sino porque lo necesitaba para mantener a su madre y a sus hermanitos. Fué una locura, desde luego. Pero puedo asegurarle a usted, señor, que Carmen es honrada a carta cabal y ningún hombre puede vanagloriarse de haber obteni-

do de ella más de lo que puede conceder una mujer decente.

Harry, que escuchaba con emoción e interés, inquirió:

—¿Y qué hay de la historia de ese protector que ha pagado a Carmen el veraneo?

—Que es cierto que se lo ha pagado, pero sin haber obtenido nada a cambio de su largueza. De eso puedo responderle, señor. Conozco a Carmencita desde que era niña y sé que es pura como una azucena.

A Harry le era cada vez más difícil disimular su alegría.

—¿Y sigue trabajando en ese café cantante?—preguntó, seguro de que iba a escuchar una respuesta negativa.

—No, señor. Vino de Lanjarón muy cambiada. Parece que allí se enamoró de un señorito, y huyó de su lado por temor de que el descubriera su pasado. Vino con una convicción: la de que la mujer no sólo ha de ser honrada, sino que ha de parecerlo. Y abandonó para siempre el cafetucho y ahora se dedica al oficio de bordadora. Un oficio que tiene algo de divino, señor. ¡Como que hace mantos para las vírgenes de los altares!

Harry sentía unos deseos irresistibles de reír y saltar.

—¡Quiero verla! ¡Necesito verla!

Y añadió inspirado por una idea repentina:

—¿Me permite usted que salte al patio de ella para esperarla oculto y darle una sorpresa?

—Por mí puede usted hacerlo, siempre que lleve cuidado en no lastimarse.

—¿Lastimarme? Ahora verá usted.

Y Stone saltó las tapias del jardín con asombrosa facilidad.

Poco después la puerta de la casa se abrió y entró Carmen. Harry, que había cortado todos los claveles que ella sin duda guardaba para la virgen, y que había formado con ellos un hermoso ramo antes de ocultarse, pudo oír la exclamación de asombro y disgusto que Carmen profirió al advertir la falta de aquellas flores.

De pronto, apareció Stone por detrás de los arbustos que le servían de escondrijo y Carmen quedó estupefacta, como si creyera que Harry era una visión.

Tal fué su emoción y su sorpre-

sa, que no pudo pronunciar una sola palabra cuando él se dirigió a ella y puso el ramo de claveles en su pecho al mismo tiempo que empezaba a decir:

—Carmen de mi alma, amada mía, lo sé todo. Levanta esos ojos y mírame. No tienes por qué ocultarlos ante mí ni ante nadie. Sé que un día descendiste hacia el mal, pero también sé que rectificaste a tiempo y que, pura y virginal, has podido volver a ganar tu verdadero puesto, el lugar que yo quiero que ocupe la mujer que ha de ser mi esposa.

—¡Harry!—fué todo lo que ella pudo murmurar.

Y él continuó con aquella dulzura, con aquella exquisita suavidad que Carmen echaba de menos desde que saliera de Lanjarón:

—Toma las flores, tus flores. La virgen de las Angustias quiere que vayamos a ofrecérselas juntos. ¿Qué dices a eso, Carmen? ¿Por qué no hablas?

Ella, por fin, alzó hacia él sus grandes y hermosos ojos.

—La emoción, Harry. ¿No comprendes?... Pero dime. ¿Estás seguro de que me has perdonado?

¿Estás seguro de que mi pasado no resurgirá en tu pensamiento para torturarte?

—Mira si estoy seguro de que eso está olvidado y bien olvidado.

Y Harry depositó un beso lleno de amor fervoroso en aquellos labios tan rojos como los claveles con que había formado el ramo para la virgen de las Angustias.

* * *

Cumplida la ofrenda a la virgen, se casaron y partieron para Nueva York en viaje de novios.

Ni qué decir tiene que a la familia de Carmen, esposa de un millonario, no le faltó nada desde aquel momento.

Hasta Tom había acabado por transigir de buen grado a aquel en-

lace, cautivado por la simpatía de la encantadora granadina.

Y, antes de embarcar para Nueva York, Harry puso a sus padres el siguiente telegrama:

"Llegaré dentro de ocho días. Va conmigo mi mujercita, que es como la Rosa de la Alhambra, heroína del cuento de Irving."

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

Inauguración de las grandes producciones de la

Temporada de 1932-1933

con la deliciosa película de la

FOX

(Oro de ley de la pantalla)

PAREJA DE BAILE

por

SALLY EILERS

y

JAMES DUNN

EN BREVE:

Alma libre

por **Norma Shearer, Clark Gable**
y **Lionel Barrymore**

(Producción METRO)

Mi último amor

por **José Mojica y Ana María Custodio**

(Sensacional film FOX, hablado y cantado en español)

¡Haga sus pedidos desde ahora mismo!

No lo olvide: Ediciones BISTAGNE, en agradecimiento a sus queridos lectores publicará durante la nueva temporada, y como siempre, los mejores asuntos, por los mejores artistas, narrados por cultos escritores especializados en el moderno género literario-cinematográfico.

¡SIEMPRE LO MEJOR!

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis. BARCELONA

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales

de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda alegre.—El gran desfile.—Miguel Strogoff o El correo del Zar.—La princesa que supo amar.—El coche número 13.—Sin familia.—Mare Nostrum.—Nantás, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Montecarlo.—Vida bohemia.—Zazá.—¡Adiós juventud!—El judío errante.—La mujer desnuda.—Casanova.—Hotel Imperial.—La tía Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche nupcial.—El séptimo cielo.—Beau Geste.—Los vencedores del fuego.—La mariposa de oro.—Ben-Hur.—El demonio y la carne.—La castellana del Líbano.—La tierra de todos.—Trípoli.—El rey de reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y arena.—Aguiles triunfantes.—El sargento Malacara.—El capitán Sorrell.—El jardín del edén.—La princesa mártir.—Ramona.—Dos amantes.—El príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La ballarina de la ópera.—Ben-Alt.—Los cuatro diablos.—¡Ríe, payaso, ríe!—Volga, Volga.—La sinfonía patética.—Un cierto muchacho.—¡Nostalgia!...—La ruta de Singapore.—La actriz.—Mister Wu.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor.—Cristina, la Holandesa.—¡Viva Madrid, que es mi pueblo!—Sombras blancas.—La copla andaluza.—Los cosacos.—Icaros.—El conde de Montecristo.—La mujer ligera.—Virgenes modernas.—El pagano de Tahiti.—Estrellas dichosas.—Esto es el cielo.—La senda del 98.—Espejismos.—Evangeline.—Orquídeas salvajes.—El caballero.—Egoísmo.—La máscara del diablo.—El pan nuestro de cada día.—Vieja hidalguía.—Posesión.—Tentación.—La pecadora.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Los hijos de nadie.—El pescador de perlas.—Santa Isabel de Ceres.—Las dos huérfanas.—La canción de la estepa.—El precio de un beso.—La rapsodia del recuerdo.—Delikatesen.—Del mismo barro.—Estrellados.—Cuatro de infantería.—Olimpia.—Monsieur Sans-Gêne.—Sombras de gloria.—Mamba.—Ladrón de amor.—Molly (la gran parada).—El valiente.—¡De frente... marchen!—Prim.—El presidio.—Romance.—El gran charco.—Tempestad.—El dios del mar.—Anne Christie.—Sevilla de mis amores.—Horizontes nuevos.—Pen-Hur (edición popular).—La incorregible.—El malo.—El pavo real.—Bajo los techos de París.—Wu-li Chang.—Montecarlo.—Camino del infierno.—¡Mío serás!—¡Alaluya!—La mujer que amamos.—Al compás de 3/4.—La princesa se enamora.—Amanecer de amor.—El gran desfile (edición popular).—Du Barry, mujer de pasión.—La viuda alegre (edición popular).—Ángeles del infierno.—Cuerpo y alma.—El impostor.—Esposa a medias.—Esclavas de la moda.—Petit Café.—Hay que casar al príncipe.—Inspiración.—El proceso de Mary Dugan.—En cada cuarto un amor.—Marruecos.—¿Conoces a tu mujer?—El millón.—La mujer X.—Gente alegre.—Mar de fondo.—La llama sagrada.—La ley del harén.—La fruta amarga.—Vidas truncadas.—La fiera del mar.—Tabá.—El pasado acusa.—Papá piernas largas.—Trader Horn.—Un yanqui en la corte del rey Arturo.—El código penal.—La pura verdad.—Maternidad o el derecho a la vida (fuera de serie).—Carbón (La tragedia de la mina).—Estudiantina.—Las peripicias de Skippy.—Qué viudita!—El camino de la vida.—Noches de Viena.—Mamá.—Eran trece.—Cheri-Bibi.—Bésame otra vez.—Camarotes de lujo.—Los hijos de la calle.—La divorciada.—Madame Satán.—¿Cuándo te suicidas?—Marianita.—El carnet amarillo.—Honrarás a tu madre.—Su última noche.—Las alegres chicas de Viena.—¡Viva la libertad!—Malvada.—El teniente del amor.—Deliciosa.—Cielo robado.—Amargo idilio.—Honor entre amantes.—Para alcanzar la luna.—El hombre que asesinó.—¡Ríndase!—La calle.—El prófugo.—Milicia de paz.—Amores de medianoche.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar (edición popular).—La hermana San Sulpicio.—El demonio y la carne (edición popular).—La dama misteriosa.

Que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

**¡Novedad a beneficio
del público!**

El Sobre Semanal

Precio: 15 cénts.

Cada sobre contiene una
novela de cine, con su co-
rrespondiente postal, com-
pletamente nueva.

Las mejores películas.
Los mejores artistas.
La mejor presentación.
Más de 500 títulos dife-
rentes.

Comprar un solo sobre es
ser comprador constante.

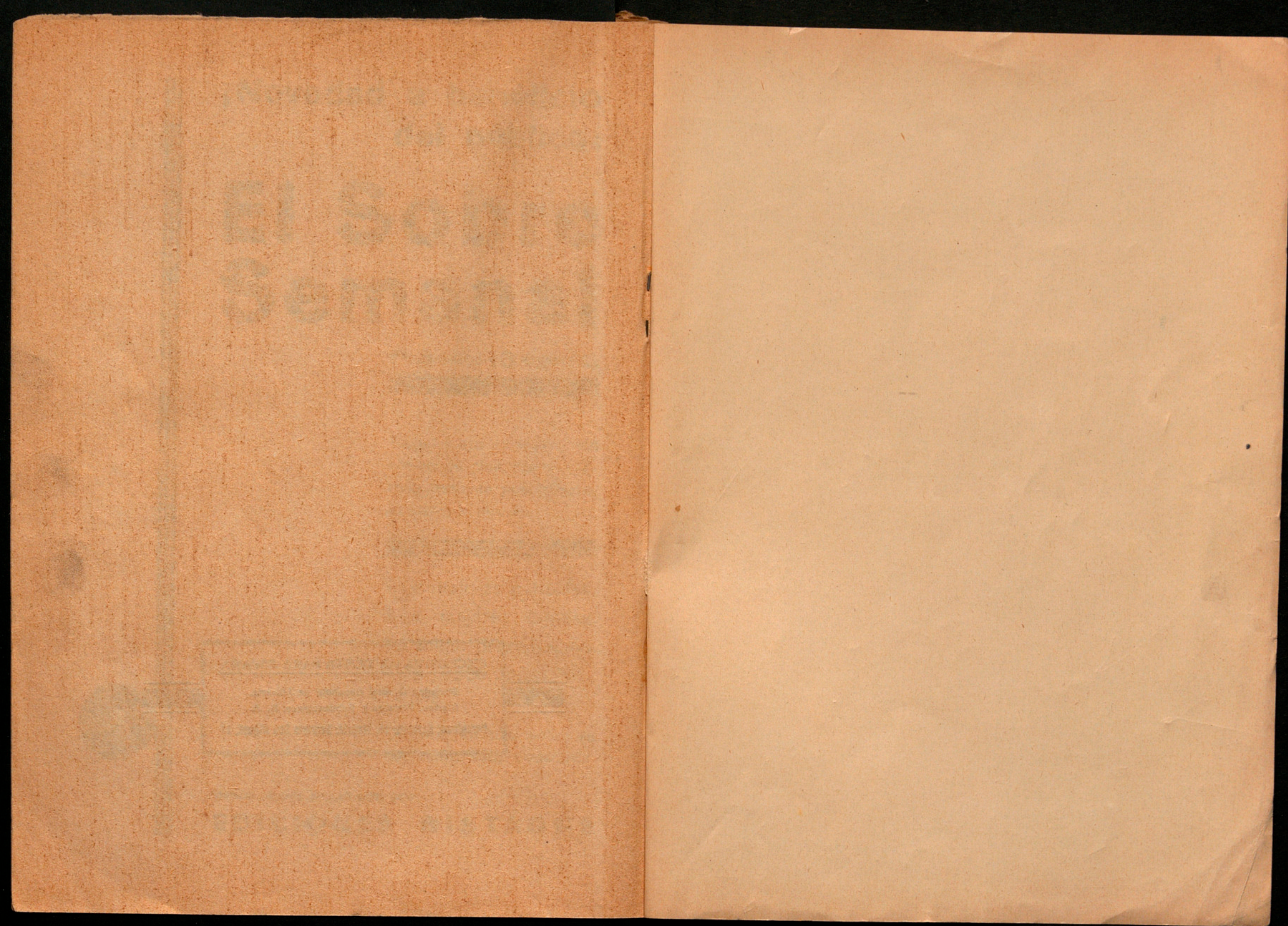
Único sobre publicado por

EDICIONES BISTAGNE

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barará, 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11





Precio: UNA peseta